

Contra los hijos

Lina Meruane

La máquina reproductora sigue su curso incesante: despide hijos por montones. Y muere gente por montones también, pero por cada muerto, por cada desahuciado, hay dos punto tres cuerpos vivos lanzados al mundo a probar suerte. Se rumorea que por todas partes la pulsión de los hijos es una respuesta instintiva contra la extinción que nos acecha. El llamado a sumar niños, que serán adolescentes, que se volverán algún día adultos, mantendría en marcha a la humanidad. Los hijos vendrían a ser entonces los escudos biológicos de una especie cuyo exceso consumista y contaminante en vez de proteger al planeta lo pone en riesgo: he ahí una paradoja.

No tiene sentido la congoja por la aparente “crisis de fertilidad”. Europa podrá acongojarse por el envejecimiento de su población, podrá fantasear con el surgimiento de una tropa de futuros europeos que active la industria, que sustente con sus ingresos la hiperactividad de los mercados y que sostenga, con sus prestaciones, un número desproporcionado de viejos que los decrepitos Estados poscapitalistas se niegan o se han vuelto incapaces de solventar. Pero Europa, si la miramos bien, si le ponemos encima una lupa y un ojo abierto, es apenas un pedacito de tierra con un puñado de gente. Un trozo minúsculo del globo que podría, si quisiera, si se creyera su propio relato apocalíptico y abriera sus vigiladas fronteras, solucionar el problema haciéndole hueco a tanta persona apretujada en otros lugares de la geografía.

He ahí otra paradoja.

¡Son tantos apretujados!

Ahí están las mujeres y los hombres del desborde poblacional de la India y de Indonesia y de China, que por ahora (me refiero a esta última) ha impuesto la cuota de un-hijo-por-pareja a su máquina de la fertilidad. Y están ahí también, no se pueden negar, los altos índices de procreación en las naciones menos industrializadas. Difícil no poner en la lista a algunos pueblos de América Latina. Imposible no pensar en África como un enorme país parturiento (aun cuando pensemos, igualmente, en su alta tasa de muertos).

El exceso de hijos en esos lugares forma parte de sus aprietos: ese es otro sinsentido.

Que nadie se engañe, sin embargo.

Aunque pudiera parecerlo, no abogo aquí por el cese absoluto de la industria filial. No suscribo las malpensadas tesis malthusianas. Ninguna clase de darwinismo poblacional. ¿Soluciones finales? ¡De ninguna manera! Y no es tampoco la intención de esta arenga defender el cruel arranque de un tal Herodes, ni el vengador filicidio de la tal Medea, que mató a sus vástagos como lo han hecho, también, fuera del mito y desde la antigüedad, tantas madres en los sufridos delirios del posparto (y tantas otras en su sano juicio).

No escribo a favor del infanticidio por más que el recién nacido de al lado interrumpa mi sueño, por más que los menores de arriba zapateen mi techo y mi trabajo diurno.

No defiendo la eliminación de ninguna vida (aunque estoy, eso sí, a favor de todas las formas imaginables de la anticoncepción que no pongan en riesgo la salud). Y aunque no he

experimentado nunca por los niños ninguna índole de devoción, tampoco estoy en contra de la niñez.

Es contra los hijos que redacto estas páginas.

Contra el lugar que los hijos han ido ocupando en nuestro imaginario colectivo desde que se retiraron “oficialmente” de sus puestos de trabajo en la ciudad y en el campo e inauguraron una infancia de siglo veinte vestida de inocencia pero investida de plenos poderes en el espacio doméstico. Estoy, insisto, contra la secreta función disciplinaria de los hijos-tiranos en estos tiempos que corren, veloces y desaforados como ellos. (¡Sobre mi cabeza y por el pasillo. A gritos escandalosos! Silencio, imploro, disimulando mi crispación: no hay quien trabaje en medio del bochinche.)

¿Sobra decirlo? No es sólo contra los hijos que escribo sino también contra sus progenitores. Contra los cómodos cómplices del patriarcado que no asumieron su justa mitad en la histórica gesta de la procreación. Contra la nueva especie de padres dispuestos a colaborar dentro y fuera de la casa pero que parecen incapaces de pronunciar un educativo ¡no más!, un certero ¡basta! a sus hijos rebeldes; sin inmutarse les permiten pasar por sobre la paz de sus desesperados vecinos.

Y por qué no agregar a mi perorata que estoy en contra de muchas madres. No de todas. Sólo contra las que bajaron el moño y renunciaron angélicamente a todas sus aspiraciones, contra las que aceptaron procrear sin pedir nada a cambio, sin exigir el apoyo del marido-padre o del Estado. Contra las que, en un reciclaje actual de la madre-sirvienta, se han vuelto madres-totales y supermadres dispuestas a cargar casa, profesión e hijos sobre sus hombros. Y no me olvido de las madres prepotentes que además de engendrar (y de darse importancia haciendo rodar el cochecito sobre nuestros pies) nos obligan a asumir a sus hijos como nuestros. Es mucha contrariedad la mía, es cierto, pero no es gratuita. Observo con alarma que la cuestión de los hijos no ha prosperado. Todo lo contrario.

¿Qué ha sucedido?

¿No nos habíamos liberado, las mujeres, de la condena o de la cadena de los hijos? ¿No habíamos dejado de procrear con tanto ahínco? ¿No conseguimos estudiar carreras y oficios que nos hicieron independientes? ¿No logramos salir de la casa dejando atrás las culpas? ¿No nos independizamos económicamente? ¿No habíamos logrado que los progenitores asumieran una paternidad consecuente? ¿No dejamos de tolerar infelices arreglos de pareja? ¿Acaso no es cierto que son las mujeres quienes, en una aplastante mayoría, piden ahora el divorcio? ¿No conseguimos la custodia? ¿No pudimos decidir cómo criarlos? ¿No les pusimos límites? ¿Cuándo fue que los hijos se volvieron nuestros impunes victimarios y los de sus padres? ¿Qué los transformó en los impunes dictadores que ahora son? ¿Los ejecutores enanos de un imperativo de servicio doméstico que continúa más vivo y coleando que nunca?

La compleja maquinaria se echa a andar en la infancia, con la muñeca de trapo, con los enseres domésticos en su versión juguete-de-plástico, con los relatos que enaltecen de manera precoz la procreación. Y la muñeca en los brazos no es nada inocente: «Si a una niña se le regala una muñeca se le está regalando por añadidura su maternidad», advierte la escritora chilena Diamela Eltit. «Si a un niño se le da un autito lo que se le regala es la

capacidad de manejar. La capacidad de seguir un camino y encabezarlo.» Quien no pueda conducir deberá ser conducido, y las mujeres son empujadas a su destino materno.

Para agravar la situación, lo que no se esperaban las mujeres que aceptaron el rechinante reclamo de lo materno era encontrarse, sin preverlo, con un aumento en los requisitos de la buena-madre. A ella ahora se le recomienda el retorno al parto sin anestesia, al alargue de la lactancia, al pañal de tela, al perpetuo acarreo de los niños a sus numerosas citas médicas, pedagógicas y sociales (porque a nada pueden ir por cuenta propia); y se le suma el nuevo tiempo de calidad que reduce su independencia.

Pido un minuto de riguroso silencio por las madres de hoy (y por los insuficientes padres-comprometidos que empiezan a hacer su mitad). Pido uno o tres minutos por ella sobre todo: tan sofocada por las responsabilidades, tan fatigada, tan frustrada, tan desfigurada que ninguna mística la conmueve ya. Ni siquiera a las más eléctricas de esas mujeres les queda energía para intentar el papel de la madre-superior-en-todo. Será que empiezan a sentir la disonancia en esa vida sobrecargada de deberes. Su estrés emocional ha aumentado, la intimidad con su pareja ha disminuido, la erosión de su situación financiera es llamativa; su infelicidad, generalizada.

La sociedad capitalista ha propiciado en la nueva generación de hijos-sobre-estimulados, sobre-protegidos, mimados y caprichosos el surgimiento de una raza de hijos-estorbo, de hijos-irresponsables, de hijos-agresivos y rabieteros, o peor, de hijos-abusadores y hasta maltratadores sobre todo de sus madres. Se las acusa a ellas de haber caído tan bajo, de haber creado monstruos, pero es mucha la contradicción con la que ellas cargan, es demasiado cómodo culparlas como históricamente se las ha culpado siempre.

Dirijo mi crítica, aquí y ahora, al hijo que hemos creado y al lugar donde lo hemos puesto. Ya no al rol que han jugado la maltratada madre y el cómodo progenitor, no a la influencia de la conservadora sociedad con sus mensajes contradictorios, no al desigual sistema político y económico que ha borrado del mapa actual los valores solidarios. Al hijo por separado, si esto es del todo posible.

Esa raza de hijos ya no es nuestra, sino más bien el instrumento que la sociedad ha creado para censurar como nunca nuestra libertad.